10.17

editorial

No basta con horrorizarse

SEMANAS después de que los guerrilleros palestinos se vieran obligados a abandonar tierras libanesas, y apenas transcurridos cuatro días desde el asesinato del presidente Bechir Gemayel, más de mil palestinos civiles han sido literalmente masacrados de manera tan ferozmente sanguinaria que se nos antoja difícil de superar.

No ha sido una acción más de guerra. No. Ha sido un exterminio de ancianos, mujeres y niños cuyo único delito no es otro que el de no tener una tierra propia. Ha sido una borrachera de crueldad que no podía pasar inadvertida. La acción ha provocado la respuesta de las grandes potencias que, sin duda, tienen mala conciencia en el tema palestino.

El presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, ha manifestado que se siente *«horrorizado»*. El secretario general de las Naciones Unidas, Javier Pérez de Cuéllar, ha expresado su *«indignación y horror»*.

A estas horas ya la condena es unánime. Todos estamos horrorizados. Pero consideramos que no basta sentir el horror. Especialmente no basta el horror que pueda sentir el presidente Reagan porque si los ciudadanos de a pie sabemos de nuestra impotencia también sabemos de la *superpotencia* del máximo responsable de la política de más de medio mundo.

Ya es tremendo que la causa palestina sólo sea apoyada explícitamente cuando sus hombres mueren a millares. Así podríamos llegar a la paradoja de asistir a la desaparición de un pueblo al mismo tiempo que se reclama la justa identidad para ese pueblo.

¿Tan grande es la fuerza israelí como para impedir una solución definitiva? Los aliados de Israel no podrán nunca salvar la cara ante la opinión pública que conoce –porque hay cosas que a estas alturas no pueden esconderse– que alguien dio la orden de entrar a saco en los campos de refugiados de Chatila y Sabra, al sur de Beirut Oeste. Y que los asesinos mataron ante la *vigilancia* impasible de los sol dados israelíes que controlan la ciudad.

Sólo una eficaz reacción internacional frente a las agresiones israelíes podría devolver el sentido al sentimiento de horror colectivo.

EL PERIÓDICO

tribuna

La Catalunya de «som i serem»

Jordi Solé Tura

HACE unos días asistí al estreno de la película *Som i serem*. El estreno se convirtió en un acto político, con presencia de los máximos exponentes del Gobierno de la Generalitat, empezando por el propio presidente y tuvo inevitablemente un carácter preelectoral.

Desde un punto de vista estrictamente cinematográfico debo decir que me pareció una película interesante, con aciertos realmente notables –como la secuencia del fusilamiento del presidente **Companys**– y con un ritmo que mantenía en todo momento el interés del espectador, pese a su carácter básicamente documental. Pero yo no pretendo hacer aquí una crítica cinematográfica, porque ni soy competente para ello ni creo que tenga interés mi opinión al respecto. Si me he decidido comentar esta película es porque salí del estreno profundamente preocupado desde el punto de vista político. La película se presenta como una historia de la Generalitat pero inevitablemente se convierte en una visión de la historia general de Catalunya, o más exactamente en una interpretación de esa historia, de la nuestra.

Es una historia de *buenos* y *malos*, Los *buenos* son los catalanes. Los *malos*, en líneas generales y salvo honrosas excepciones, el resto de los españoles, todos centralistas o poco menos.

Catalunya no es vista ni presentada *en su complejidad, sino a través* de una sucesión de minorías que la han encarnado, forjado y representado. Esas minorías se simbolizan, a su vez, en determinados personajes, en una línea que, en nuestro siglo, parte de **Prat de la Riba** y culmina en **Jordi Pujol**, pasando por **Macià, Companys** y **Tarradellas**. Se me dirá que forzosamente tenía que ser así, puesto que se trata de una historia de la Generalitat.

PERO la historia de la Generalitat no es diferente de la historia general de Catalunya. Ya he dicho que los autores mismos acaban fundiendo la una con la otra. Yo no pretendo menoscabar el papel de los dirigentes políticos, pero lo cierto es que de esa historia están ausentes la gran mayoría de los ciudadanos de Catalunya y están totalmente ausentes, en especial, los catalanes inmigrados, los que han nacido en otras tierras de España.

Es una película realizada para uso y consumo de un sector de los ciudadanos de Catalunya, los que se identifican a sí mismos como la *verdadera Catalunya* y que ven a los inmigrados como una masa de maniobra oscura que hay que marginar del poder y de los centros de decisión.



«Se ha practicado desde la Generalitat una política excluyente en estos dos años y medio de gobierno autonómico»

No digo que ese fuese el propósito de los autores de la película. Pero éste es el resultado.

Y aquí creo que reside la clave de la cuestión. La película refleja, incluso pasivamente, el clima político que se ha ido creando en estos años de ejercicio de la autonomía. Hace unos días, hablando con un grupo de presidentes de las peñas flamencas de Barcelona, lo que más llamaba la atención era el reflejo defensivo y hostil que producía en ellos la palabra *catalanismo*, cosa que no ocurría hace algunos años. Muchos de ellos me mostraban con indignación, pero con profunda inquietud, las octavillas del *Fora xarnegos!*. Y cuando yo les hablaba de la propuesta de *catalanismo popular* que hace el PSUC, notaba en ellos un asomo de incomprensión, que luego desaparecía cuando las cosas se explicaban. Pero la incomprensión inicial existía porque las cosas han llegado a un punto en que la palabra *catalanismo* se presta a ser interpretada como sinónimo de exclusión y de división.

Creo que esto es peligrosísimo y hay que decirlo con toda claridad antes de que sea demasiado tarde. Desde las elecciones de 1979 y muy especialmente desde las autonómicas de 1980 se ha roto la política de unidad que había caracterizado la política catalana durante el franquismo y al principio de la transición. En estos dos años y medio de Gobierno autonómico se ha practicado desde la Generalitat una política excluyente que ha tendido a reservar el monopolio del *catalanismo* al sector político que hoy gobierna Catalunya en minoría. Los trabajadores se han visto marginados y hoy es un hecho que la inmensa mayoría de ellos –y desde luego la inmensa mayoría de los trabajadores inmigrados– difícilmente ven la Generalitat como cosa propia.

EL planteamiento de la LOAPA por parte de UCD y el PSOE ha agravado el problema y ha contribuido a ahondar el abismo entre los catalanes de origen y los de inmigración, como si se tratase de polarizar la representación política de los primeros en unos partidos y la de los segundos en otros. Y ahora podemos ir a las elecciones en octubre con ese esquema demagógico, excluyente y suicida de dos comunidades diferenciadas no sólo desde el punto de vista de la lengua y del lugar de origen sino también de la representación política: chauvinismo por un lado, nuevo lerrouxismo por otro.

Si esto se produce tendremos en Catalunya otro tipo de bipolarización que se prestará a todas las demagogias y que nos llevará a la catástrofe. Una división de este tipo, por ejemplo, hará imposible la construcción política de una mayoría de izquierda, la única capaz de hacer de la Generalitat algo sentido como propio por las clases populares.

Por activa y por pasiva este es el clima que se ha generado en Catalunya desde la puesta en marcha de la autonomía. Este no es el clima que existía hace unos años y por eso hay que denunciar muy claramente las responsabilidades de los actuales gobernantes de la Generalitat y de los que les contestan entrando en el mismo juego, por el lado opuesto.

Y por si todavía estamos a tiempo hay que decir que la Catalunya que ha sido, que es y que será es algo mucho más rico, más complejo, más dinámico y más plural que la que aparece en las interpretaciones reductivas y excluyentes de esta maravillosa afirmación de voluntad colectiva que es la expresión *som i serem*.

Jordi Solé Tura. **Catedrático de la Universidad de Barcelona. Diputado del PSUC.**

El primer momento de la última moda.

